

CASTORIADIS, UN TITÁN DEL ESPÍRITU

EDGAR MORIN

CORNELIUS CASTORIADIS, UN REVOLUCIONARIO HETERODOXO

París, 15 de diciembre de 1997. Hacia las 9 de la noche llamo por teléfono a la casa de Cornelius Castoriadis. Me inquieta no obtener respuesta, pero me tranquiliza pensar que tal vez él y su familia se han ido de vacaciones. Breve y triste tranquilidad. Al día siguiente vuelvo a llamar y, tras la ausencia de respuesta, un tanto preocupado decido comunicarme con Edgar Morin. Su información es fulminante: Castoriadis está en el hospital, muy grave. Sin embargo, me alienta Morin, nuestro amigo es un toro que lucha desesperadamente contra la muerte. Esa misma noche logro hablar con Zoé, la mujer de Castoriadis, quien me dice que, tras la operación quirúrgica del corazón a la que fue sometido, hay una leve recuperación. Al día siguiente vuelo a Barcelona y el 19 llamo a París. Me contesta su hija, Cybèle, que tiene esperanzas en el restablecimiento de su padre. El 24 vuelvo a París y el 26 por la noche hablo otra vez con Cybèle, que a la pregunta de cómo se encuentra su padre me responde: en cualquier momento su corazón puede detenerse. A la mañana siguiente Zoé me informa que la noche anterior el corazón de "Corneille" se detuvo. Desde el principio de este proceso me resistí a verlo postrado en una cama de hospital. Al final decidí no asistir a sus funerales. No me cabía en la cabeza la idea de ver al titán del pensamiento —Morin dixit, y con razón— agonizante ni, menos aún, muerto.

Conocí a Castoriadis en los años 70. Fue en el teatro Récamier, cuando Michel Foucault introdujo a los disidentes rusos en los medios intelectuales parisinos. Por entonces todavía me costaba trabajo entender que Castoriadis hubiera iniciado la crítica al totalitarismo soviético y a sus propios críticos desde adentro (los trotskistas), sin abandonar la crítica al capitalismo en una época en que los disidentes se pasaban al bando contrario haciendo todo tipo de ignominiosas concesiones, o soñando en el socialismo en estado puro. Para entonces ya había leído su crítica tanto al capitalismo como a la burocracia soviética y a los trotskistas, que hablaban de un Estado socialista degenerado cuando se referían a la Unión Soviética, pero aún no me era del todo familiar su defensa del ima-

ginario y de la sociedad autónoma, tal vez porque me costaba trabajo entender que existiera un revolucionario no marxista. Poco tiempo después, a principios de los años 80, lo invité a la Universidad Nacional Autónoma de México a dictar un seminario precisamente sobre el imaginario y la sociedad autónoma. Poco más tarde también invité a su antiguo compañero, Claude Lefort, a impartir un seminario sobre una idea de la democracia muy próxima a la de Castoriadis.

Cuando invité a Castoriadis le advertí que si en Europa los marxismos empezaban a ser cosa del pasado, en México no era así. No me creyó y su sorpresa fue mayúscula cuando enfrentó la crítica visceral de comunistas, trotskistas, maoistas y otros ejemplares del pleistoceno, que en México aún hoy no se han extinguido del todo. Su visita me sirvió para reconciliarme con Octavio Paz, del que por estúpida soberbia me había alejado un par de años atrás. Quizá por gratitud fui a París en diciembre pasado con el propósito de invitar a Castoriadis, con el patrocinio del ITAM, a dar unas conferencias en febrero de 1998. Tenía mucho interés en este nuevo encuentro y, sobre todo, en su nuevo encuentro con Octavio Paz.

En junio de 1987 estuve con Castoriadis y Zoé en Valencia, España, durante la reunión que celebraba el 50 aniversario del Congreso de escritores antifascistas. Un periódico español me pidió que lo entrevistara y así lo hice. Mi primera pregunta fue: ¿De dónde viene Castoriadis? No sé si el periódico en cuestión publicó o no la entrevista, pero su respuesta me quedó grabada para siempre: Del caos, naturalmente. Hoy que Castoriadis ha vuelto al caos original estoy convencido de que su respuesta fue definitiva para mí. Para poder convivir, el hombre institucionaliza un orden, que es producto de su imaginación, pero el orden instituido no elimina el caos original. ¿Por qué? En parte porque el hombre es fiel a sus caóticos orígenes, y en parte porque —exceptuados raros momentos no ha sido autónomo ni ha querido constituir una sociedad autónoma, sino una supuesta sociedad ordenada, cuya reinvencción a menudo parece resultarle impensable. Junto con Edgar Morin y Octavio Paz, con quienes tuve el raro privilegio de convivir en 1994 en casa de Castoriadis, saludo al pensador y al ami-

go, hecho de desesperadas esperanzas porque, como escribió Victor Serge, aún es medianoche en el siglo.

JULIÁN MEZA

Después de la guerra greco-turca de 1921 los griegos establecidos en Asia Menor desde la Antigüedad y los turcos establecidos en Macedonia desde hacía varios siglos se vieron obligados a abandonar su tierra natal. Unos y otros sufrieron las primeras depuraciones étnicas de este siglo. Así, la familia Castoriadis se vio obligada a abandonar Estambul por Atenas poco después del nacimiento de Cornelius. La segunda guerra mundial iba a orientar su destino.

El adolescente Castoriadis se suma en Atenas, en 1944, al partido trotskista, que padecía la represión gubernamental y la decisión del comité central comunista de llevar a cabo su liquidación física. Se refugió en Francia en 1945 y, con Claude Lefort, alienta una herejía radical en el seno de la herejía trotskista: la URSS ya no es considerada solamente como un Estado obrero degenerado, sino como el Estado de una nueva opresión de clase, que pierde todo privilegio revolucionario. *Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas*, URSS: cuatro letras, cuatro mentiras, escribió. Fundó en 1948, con Claude Lefort, el grupo Socialismo o barbarie que, sin dejar de lado la crítica del mundo capitalista, denuncia incansablemente el "presente de una ilusión", que le valió el rechazo impercedero de "la" izquierda oficial.

Nos encontramos para apoyar la revolución húngara en el curso del tumultuoso año 1956. Después, cada uno a su manera, caminamos hacia una superación integradora de lo mejor de Marx dentro de una concepción más compleja. Como dice Castoriadis, la continuación de Marx exige la destrucción del marxismo, convertido con su triunfo en una ideología reaccionaria.

En un círculo primero llamado perentoriamente Saint-Just, y después, más modestamente, Círculo de investigación y de reflexión social y política, Lefort y Castoriadis, realizaron una gran reelaboración y uno y otro repensaron, por caminos diferentes, el problema de la democracia.

La idea político-social de autogestión se profundizó en la idea filosófica de autonomía, que condujo a Castoriadis a una gran mutación filosófica. La autonomía —darse a uno mismo sus propias leyes— implica al mismo tiempo la autocreación y nos sitúa frente al misterio de la creación misma, que para Castoriadis es más que una combinación de elementos preexistentes, pues se trata del surgimiento de una novedad radical, que constituye una discontinuidad inesperada. Y en la fuente de toda creación

está el imaginario, inventor de un mundo de formas y de significaciones, que en el individuo es imaginación radical, y en la sociedad imaginario social instituyente. Imaginación y creación están ligadas, aun en la fuente del pensamiento.

A diferencia de las concepciones dominantes, para las que el imaginario no es sino ilusión o superestructura, Castoriadis reintroduce el imaginario en la raíz de nuestra realidad humana, de la misma manera que, a diferencia de las concepciones incapaces de concebir la noción de sujeto, Castoriadis reencuentra los constituyentes del sujeto (el "para sí", el hecho de que cada uno crea su mundo y está dotado de imaginación) y subraya la importancia radical de la emergencia del sujeto autónomo en la democracia ateniense hace dos mil quinientos años.

Su pensamiento, que se afirma a partir de *La institución imaginaria de la sociedad* (Ediciones Le Seuil, 1975) y hasta el último volumen de *Las encrucijadas del laberinto: Fait et à faire* (Le Seuil, 1997), toma una forma epistemológica: nada de lo que está vivo y es humano y social es exhaustiva y sistemáticamente reducible a nuestra lógica clásica, a la que llama conjuntista-identitaria. Castoriadis ve en lo que llama magma, sustancia sin forma pero creadora de formas, el sustrato genésico de toda creación.

Esta reconstrucción filosófica no sólo no elimina las críticas radicales que Castoriadis hace, de manera diferente, al totalitarismo y al neoliberalismo, sino que se arraiga en la gran aspiración a la que no dejó de ser fiel: la de una sociedad autónoma constituida por seres autónomos. Ve de manera sorprendentemente profunda que la conciencia de nuestra mortalidad es la condición de esta autonomía: "No es sino a partir de esta convicción insuperable —y casi imposible— de la mortalidad de cada uno de nosotros y de todo lo que hacemos que podemos vivir como seres autónomos, ver en los otros seres autónomos y hacer posible una sociedad autónoma."

Corneille —como le llamábamos— se retroalimentaba sin discontinuidad en los textos de Platón y de Aristóteles, pero no era un filósofo intramuros: se esforzaba en pensar los componentes de la cultura y del saber de su tiempo. No basta con añadir unos a otros los términos de filósofo, sociólogo, psicoanalista, economista, politólogo para definir su espíritu enciclopédico. No era enciclopédico en el sentido aditivo del término, sino en el sentido original griego, que articula los saberes separados en un ciclo. Sólo demostró una competencia profesional como economista en la OCDE, y después como psicoanalista. Demostró de manera brillante que, contrariamente al dogma establecido, es posible en el siglo XX constituir una cultura, a condición de remitirse a los pensamientos generadores, a los problemas claves, a

las grandes obras. Era hombre de cultura amplia y abierta, amante de la música, de la poesía y de la lectura, era lector de revistas científicas.

Pensador de la autonomía, atravesó el siglo con una actitud autónoma, ajeno a los marxismos oficiales, al positivismo científico y al positivismo lógico, al lacanismo (al que dedicó un panfleto corrosivo y divertido, inmediatamente recubierto por los silencios indignados o consternados), al estructuralismo, al postmodernismo. De una violencia polémica que yo juzgaba a veces excesiva, odiaba la feria de las vanidades, las famas ampulosas. Tenía horror de la futilidad, del parisianismo, y en un libro reciente denunció el "ascenso de la insignificancia."

¿Cuántas discusiones tormentosas no tuvimos a la mesa? ¿Cuántos ágapes divertidos? ¿Cuánta fraternidad en las revueltas y en las desesperanzas! Y cómo no recordar en las lágrimas de hoy las risas en ocasión de su 70 aniversario, cuando recité mi "Oda a Corneille". Cuántas afinidades entre sus ideas y las mías. Al igual que él, creo en la autonomía, a la que llamo auto-organización; al igual que él, me niego a dejar disolverse la idea de creación; al igual que él, creo en el carácter real y radical del imaginario; al igual que él, creo en la posibilidad de una cultura que ponga en un ciclo el saber; al igual que él, creo en la necesidad y en la insuficiencia de la lógica clásica; al igual que él, creo en la virtud genésica de lo que lla-

ma magma, y a lo que él llama laberinto yo le llamo complejidad.

"Corneille" no entra dentro de los marcos que parecen normales a la mayoría de los intelectuales, universitarios, políticos. Era enorme, fuera de las normas. Lean las historias oficiosas del mundo intelectual y no encontrarán sino marginalmente citado a este gran pensador.

Tenía de la presencia de sus ancestros en el mundo otomano un porte de campesino balcánico, pero era un ateniense del siglo de Pericles por el buen humor de su inteligencia; era, al mismo tiempo, un caluroso mediterráneo, un auténtico europeo de cultura que llevaba en sí el Oriente y el Occidente; y este inmigrado que se volvió francés contribuyó a la riqueza y a la universalidad de la cultura francesa. Siguió siendo, hasta el fin, tumultuoso, ardiente, fogoso, apasionado, joven; le gustaba repetir la frase de Wilde: "Lo que es terrible cuando uno envejece es que sigue siendo joven."

Después de tres meses de una lucha increíble de todo su ser contra la muerte este titán se extinguió, velado por su compañera Zoé, su hija Cybèle, su hija Sparta, su nuera Dominique, y Rilka, su madre. Desde el fondo de la amistad, desde el fondo de la fe en la creatividad humana, desde el fondo de la esperanza y de la desesperanza, saludo la obra, el pensamiento, la persona de Cornelius Castoriadis. ◀



Primavera, ca. 1930